

## TRAJES MUY CACHACOS Y demasiado desgastados Bogotá. 1830-1870

Arturo Cifuentes Toro<sup>1</sup>



**Ilustración. Paseo del Agua Nueva. Acuarela de Ramón Torres Méndez. 1848**

Resaltar el cuerpo, entre la naciente aristocracia de la Nueva Granada, especialmente en la ciudad de Bogotá, fue como hoy, uno de los problemas más notorios, situación similar se presentaba en varias regiones del país, Cartagena, Popayán, Honda, pueblos y veredas durante el siglo XIX y principios del XX. Los análisis se deducen del cuerpo de escritos y gráficos legados por los costumbristas del siglo XIX. Ese cuerpo resaltado o en muchos casos ocultado en los trajes, no tenía la culpa de pertenecer a uno de los estratos sociales que se empezaban a diferenciar en la ciudad de Bogotá, la cual a comienzos del siglo XIX mantenía rezagos de las castas coloniales españolas para quienes los trajes distinguían sus gentes, de las gentes de acá, criollas, nativas, afroamericanas o mestizas.

---

<sup>1</sup> Antropólogo, Universidad Nacional de Colombia, tesista en la maestría de historia Pontificia Universidad Javeriana

La ropa era una cosa, pero la prenda para estar en el espacio público era otra



**Ilustración 1 Acuarela de José María Espinosa 1850**

cuestión y lo fue hasta bien entrado el siglo XX, en la sociedad capitalina, en Medellín, Popayán, Cartagena y puertos del Magdalena como Mompox y Honda. La ropa como prenda marcaba el estamento social y constituía una identificación de clase o mejor de gremio o de oficio por cuanto las clases se empezaron a diferenciar como tales a partir de la industrialización del país.

Mediante el traje, los diferentes estamentos de la sociedad mantenían un aparente modo de ser, de reconocerse socialmente, las costumbre adquiridas por siglos de sometimiento de la corona española no se borrarían por ello de la noche a la mañana, así la resistencia de los mayores en dignidad, más no en gobierno, fue palpable, por ejemplo los próceres de la independencia que se distinguían por sus atuendos militares, se mostraron por mucho tiempo, renuentes a salir sin sus insignias, sin sus

uniformes, pues serían olvidados, cuadro que plasmó José María Espinosa con un personaje de la independencia. Los artesanos (gremio de importancia) en igual medida se negaron a modernizar sus atuendos a pesar de ser discriminados y señalados por sus ideas y ropas.

El traje como se resalta en los textos de los escritores del siglo XIX y principios del XX siguió su rumbo de diferenciación social y con mayor esfuerzo se introdujo de acuerdo con los cambios generados en las dos ciudades de notoria influencia en la América hispánica París y Londres, aunque se a de suponer se modificaban y adecuaban a las provincias de la Nueva Granada.

De acuerdo con la escritora Susana Saulquin<sup>2</sup> durante la naciente etapa industrial en Europa la obsesión por aumentar la producción sobre todo en cuanto a telas, conllevó a la implementación de trajes seriados que en gran medida no gustaban a las elites, ellas no querían ser masificadas y por ello se desató con mayor fuerza el mundo de la moda, surgiendo verdaderos oficios para la exclusividad en el vestir, que hoy en día son característicos de los estamentos de poder y de los grandes capitales. Así el traje incomodo e inadecuado, se convierte, anota Saulquin, de manera disimulada en una forma más del control social.

<sup>2</sup>SAULQUIN, Susana. *El cuerpo como metáfora*, en deSignis 1. La Moda representaciones e identidad, Buenos Aires, Gedisa, 2001.



Richard Sennett,<sup>3</sup> por el contrario no ve en los trajes seriados maneras de masificación, por cuanto para él la masificación se denota en los estados con regímenes específicos como el caso de la antigua China Comunista, donde el traje de masas era una imposición oficial.

En el naciente panorama urbano de la República en Colombia, la moda tuvo implicaciones contundentes en cuanto a los diferentes modos de vida, como lógica apertura al mundo occidental los estamentos sociales buscaban estar “a la moda” de acuerdo con la pauta trazada desde Europa.

Recordemos que la estructura social de Bogotá a mediados del siglo XIX, de acuerdo con la investigadora Carmen Escobar, estuvo conformada por: a) grandes hacendados terratenientes con residencia en la ciudad; la naciente burguesía compuesta por grandes comerciantes, usureros, mineros y fabricantes; la alta jerarquía eclesiástica y militar y los altos empleados de la administración pública; b) medianos y pequeños comerciantes, artesanos ricos, dueños de talleres, empleados públicos, profesionales, intelectuales, suboficiales y religiosos, y c) la gran mayoría de los artesanos los semiproletarios, los arrieros, los altozaneros, los sirvientes, la tropa y en general los pobres de la ciudad.<sup>4</sup>

Por otra parte hasta el año de 1849 época en que puede decirse que empezó la transformación política y social de nuestro país, se vivía en plena colonia, como lo anotó con acierto el escritor José María Cordovez, en las *Reminiscencia de Santafe y Bogotá* quien además observó la estaticidad de la ciudad enclavada en los Andes hacia mediados del siglo XIX al anotar que “... si hubiera vuelto alguno de los que emigraron en 1819, después de la batalla de Boyacá, no habría encontrado cambio en la ciudad, fuera de la destrucción de los escudos de las armas reales; la erección de la estatua del libertador; la prolongación del atrio de la Catedral, y la traslación del *mono de la pila*, con la pila misma, de la plaza Mayor a la plazuela de San Carlos”<sup>5</sup>

La diferencia social en la ciudad se notaba en todo, y por ello el vestir era un elemento de clase. Anota con respecto al tema Camacho Roldán, refiriéndose a las costumbres y en este caso de las clases “acomodadas” que las vestimentas correspondían por lo general a:

---

<sup>3</sup> SENNET, Richard. 1976. *El declive del hombre público*. Barcelona, Península.

<sup>4</sup> ESCOBAR RODRÍGUEZ, Carmen. *La revolución liberal y la protesta del artesanado*. Bogotá: Fundación Universitaria Autónoma, ediciones editorial Suramérica, 1990, pág.

<sup>5</sup> CORDOVEZ MOURE, J. M. *Reminiscencias de Santafe y Bogotá*, Madrid, Aguilar, 1962, pág. 25.



**Ilustración 2. Devota (Beata) camino a misa.**  
**Acuarela y tinta. J. Borwn sobre original de J. M**  
**Groot**

la figura de aquel y zapatos de paño o de cordobán.<sup>6</sup>

“Trajes de zaraza en las señoras y señoritas; de muselina de lana para los bailes, zarcillos grandes de oro, zapatos de cordobán y pañuelo de algodón en el pecho. Uno de seda pasaba de generación en generación, quizás hasta la tercera. Los trajes de los hombres no eran más fastuosos: sombrero de jipijapa de Bucaramanga o Zapatota, capote de calamo de colores subidos, a las veces forrado en bayeta, gran chaqueta amplia de cerinza, chaleco muy largo, pantalón de cerinas o de paño ordinario, botines o zapatos de cuero de venado o de soche. El traje invariable de las señoras para salir a la calle era: enagua de alepín, tela negra de lana, mantilla de paño, sombrero de huevo frito, de armazón de cartón forrado en felpa negra de algodón o de seda, que imitaba

Para Carmen Escobar tanto en el vestido como en la vivienda y en las comodidades domésticas, se patentizaron las diferencias sociales reinantes en la época. Las mujeres de los sectores acomodados se diferenciaban por ello entre otras cosas por su ropa como lo describió Camacho, “entre tanto las mujeres pobres vestían faldas de franela ordinaria, blusas y pañuelos de tela de algodón, alpargatas, manto de paño y sombrero de fieltro o paja. El pantalón de paño ordinario o de ceniza fue de uso de los hombres acomodados económicamente.

Las telas de algodón muy gruesas vestían a los pobres y a los colegiales, usaban zapatos de Sogamoso, sin hormas, ruanas guaqueñas, para el pobre y la capa de paño para el rico”.<sup>7</sup> Pero el problema del vestir implicó igualmente un orgullo, que se patentizaba en el oficio o profesión, así el numeroso sector de los artesanos mantenía un atuendo característico por oficios y jerarquías; *maestro mayor, maestro, oficiales y jornaleros*.

<sup>6</sup> CAMACHO ROLDÁN, Salvador. *Memorias*, Bogotá, Editorial Bedout, pág., 100-101 Vol. 74, 1977

<sup>7</sup> CAMACHO ROLDAN, en ESCOBAR RODRÍGUEZ, Carmen. *La revolución liberal y la protesta del artesanado*. Bogotá: Fundación Universitaria Autónoma, ediciones editorial Suramérica, 1990, pág. 92-93.



En torno a la jerarquía social reinante en las ciudades, Joaquín Posada Gutiérrez, por ejemplo muestra en uno de sus capítulos de los *Escritos políticos militares: Fiestas de la Candelaria en la Popa* las diferencias reinantes de las castas de Cartagena, en una fiesta, en la que participaban todos los estamentos, los jóvenes empezaban a usar los trajes o la moda francesa introducida por la revolución: Pantalón largo, zapatos con lazos de cinta en lugar de hebillas, en cuanto a las damas traje largo estrecho, talle alto y manga corta “a la María Luisa”<sup>8</sup>; a su vez Salvador Camacho Roldán en sus *Memorias* y José María Cordovez Moure, afortunadamente y sin tapujos nos legaron en sus escritos las dificultades de las niñas y adolescentes en preparar su tradicional traje de fiesta para el baile, para mostrarse en sociedad; pero ese traje, tan difícil de adquirir a comienzos del siglo XIX en los momentos álgidos de las batallas urbanas eran presa del pueblo después de los combates, si nos atenemos a la memoria del sastre José María Caballero en sus *Particularidades de Santafé* cuando narra como en uno de los combates cercano a la recoleta de San Diego, durante la *Patria Boba* el pueblo observante en los cerros esperaba recuperar la ropa de los soldados caídos.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> POSADA GUTIERREZ, Joaquín. 1971. *Fiestas de la Candelaria en la Popa*, en Museo de Cuadros de Costumbres, variedades y viajes, Bogotá, Banco Popular, tomo I, pagina. 168

<sup>9</sup> CABALLERO, José María. 1946. *Particularidades de Santafé*. Bogotá, Biblioteca de cultura Colombiana



**Ilustración 3. La montada en corrida de toro. Bogotá. Ramón Torres Méndez. Litografía 1878**

Entonces, la sociedad capitalina, tomó sería partida en la moda, mejor en la forma de vestir y resaltar su gremio, sus cuerpos, así no lo describió, el escritor Francisco Eliseo Santander en su artículo *El artesano*<sup>10</sup> donde nos muestra el modo de vestir de cada segmento de los artesanos en los tiempos coloniales y republicanos tempranos, un atuendo era el del maestro, otra el del oficial y el último era la del aprendiz; gremio que así daba su toque en la calle y que se diferenciaba de los cachacos, en su momento que no se quitaban el frac, el sombrero ni para asistir a los encierros de toros y por supuesto hasta para montar a caballo.

Porque hasta para este ejercicio el de montar a caballo se requería un atuendo especial, como lo muestra Caicedo Rojas para las criadas finas con su gran ruana pastusa, su sombrero de hule, colorado o negro y su látigo en la mano derecha asegurado a la muñeca con un hiladillo<sup>11</sup> y por otra parte lo destacan para las acomodadas damas los pintores de la época, Ramón Torres Méndez, José Manuel Groot, y otros tantos.

<sup>10</sup> SANTANDER, Rafael Eliseo. 1973. *Los artesanos*, en Museo de Cuadros de Costumbres, variedades y viajes, Bogotá, Banco Popular, tomo III.

<sup>11</sup> CAICEDO ROJAS, José. 1973. *Las criadas de Bogotá* en Museo de Cuadros de Costumbres, variedades y viajes, Bogotá, Banco Popular, tomo IV. P. 125.



**Ilustración 4. Jinetes de la ciudad y el campo. Ramón Torres Méndez. Litografía**

La distinción de nuevos oficio por ejemplo entre los impresores al afianzarse la imprenta en la ciudad y pulular por todas partes las publicaciones, escribía Luís María Mora <sup>12</sup> para darle su toque al arte, al gremio, vestían gabán y portaban bastón, un impresor sin bastón, perdía su carácter.

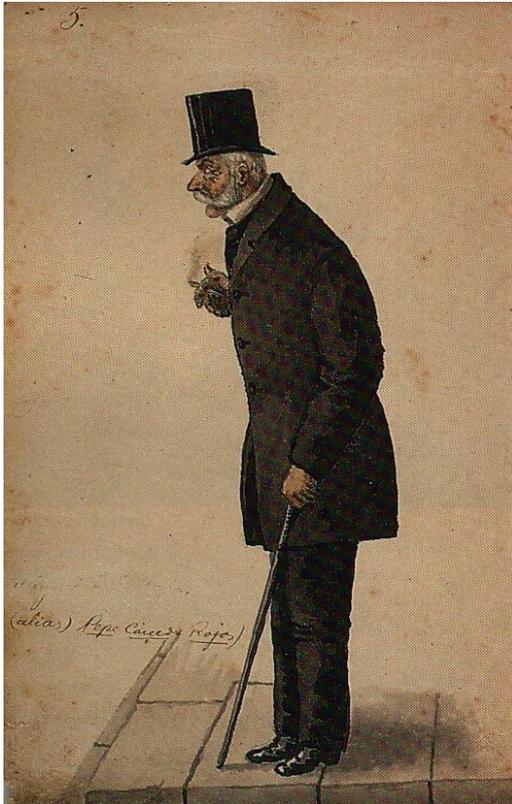
Pero ese traje que resalta el cuerpo, igualmente con la transformación de las costumbres se modifica con los viajes de los acaudalados bogotanos y cartageneros a Europa, quienes traían los últimos diseños y revistas, inquietando así a los sastres criollos, además con de las telas inglesas y sobre todo con las exigencias de los nuevos estamentos en Bogotá.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> MORA, Luís María. 1972. *Croniquillas de mi ciudad*, Bogotá, biblioteca banco popular

<sup>13</sup> VERGARA Y VERGARA, José María. 1973. *Revista de la moda*, en Museo de Cuadros de Costumbres, variedades y viajes, Bogotá, Banco Popular, tomo IV



Los recuerdos de la moda colonial, quedaban pues rezagados al recuerdo de otros tiempos, utilizados si por los matachines y a los disfraces de carnaval, en las fiestas y octavas de los barrios de la ciudad, aunque la tradición perduró en los hombres clásicos por mucho tiempo.



**Ilustración 6. Pepe Caicedo Rojas. Acuarela de José María Espinosa. 1870**

De España se quería borrar todo, con toda la razón. Pero los cambios no fueron contundentes, las tradiciones de los gremios y la agrupación por los oficios perduraron hasta la mitad del siglo XX por lo menos en el los sectores populares, como lo trasluce con asombro Christopher Isherwood en el libro *El cóndor y las vacas* hacia 1947<sup>14</sup> cuando observaba a los cachacos, ya sin levita pero con sombrero bombino y riguroso traje negro acompañado de paraguas y a las indígenas y marchantas sentadas con su típica ruana en una esquina. Ese atuendo con sus modales por ello no cambio rápidamente por lo menos en los sectores populares aunque entre los cachacos tubo modificaciones como lo resalta el embajador de Bolivia Alcides Arguedas en su diario *La Danza de las sombras* hacia 1930<sup>15</sup>, quien anotaba la particularidad que mantenían

todos los hombres que estaban en el centro de la ciudad, la de mantener un periódico bajo el brazo y vestir de

riguroso negro.

Pero esos cambios se relacionan también con los bailes, al introducirse a principios del siglo XIX los nuevos ritmos las mazurcas y las polcas, la ropa aligeró su peso, su elegante volumen propio de los valeses y contradanzas, se ajusto al cuerpo, ciño el talle femenino mostró el tobillo y los voluptuosos senos, cuando los había, se utilizaron por ello los sostenes y como dato nuevo los calzones

<sup>14</sup> ISHERWOOD, Christopher. 1994. *El cóndor y las vacas*. Bogotá, Banco de la República.

<sup>15</sup> ARGUEDAS, Alcides. 1983. *La Danza de las Sombras (apuntes sobre cosas, gentes y gentezuelas de la América española)*. Bogotá, Banco de la República.



**Ilustración 7. La tertulia. Ramón Torres Méndez. Litografía**

Entre tanto la ropa de adentro, la de casa era raída, sencilla y las alpargatas no daban para más como se desprende del artículo del escritor José Caicedo Rojas al describir la jerarquía de las empleadas en *Las criadas de Bogotá*. La vida se enmarcaba así en un espacio privado con este atuendo, y la elegancia se encuadraba en un espacio público donde dominaba lentamente el que dirán, mostrarse era liberarse de las antiguas ataduras virreinales sobre todo para las mujeres, que habitaron con paciencia los espacios de las casas y el mundo exterior se percibía desde las ventanas arrodilladas y desde los balcones cuando se pertenecía a un estrato acomodado o mejor económicamente sostenible.

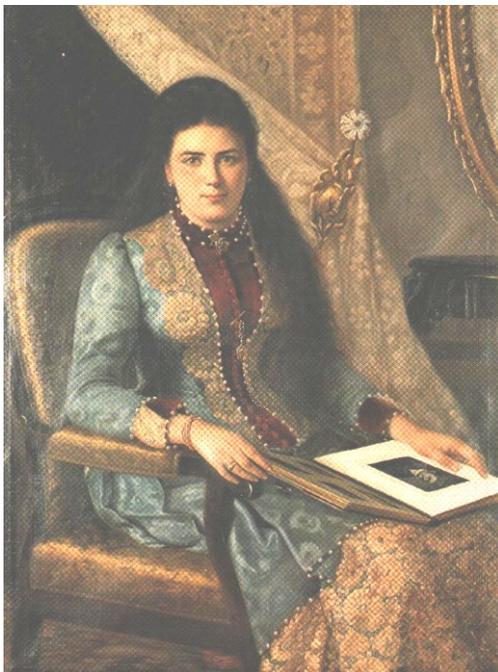
Claro que en el pequeño mundo público sucedía algo similar, en el mercado de cada ocho días escribió Francisco Barrera, las señoras de casa “que por lo regular escogen para ponerse ese día las sayas más sucias, los camisones más destruidos y los zapatos más siniestros” caminaban por doquier acompañadas de sus sirvientas, en ocasiones como lo describe el autor, van las señoras acompañadas de las jóvenes que a diferencia de ellas, iban vestidas de manera diferente “llevan mejor vestido, los cachetes coloraditos, el pelo bien asentado con agua de linaza y peinado de trenzas con su correspondiente *Ponpadur* y su cinta con una piocha de piedras falsas.”<sup>16</sup>

<sup>16</sup> BARRERA, Francisco. 1973. *El mercado*, en Museo de Cuadros de Costumbres, variedades y viajes, Bogotá, Banco Popular, tomo IV. P. 7-8.



**Vendedora de papas. Ramón Torres Méndez. Medios del siglo XIX. Litografía**

Todas con la intención de ser vistas por los poco discretos caballeros, que acechaban con duraznos o frutos llamativos los ofrecían por doquier a las elegantes damas que se atrevían a ir al mercado, aspecto además bien plasmado por el acuarelista Ramón Torres Méndez quien resaltó la acción en su cuadro *vendedora de papa* hacia 1851.



**Ilustración 8. Mercedes Álvarez de Flores. Óleo de José Eugenio Montoya**

Con el tiempo los trajes fueron elegantes y resaltados mediante complicados bordados que daban sobriedad a la dama que los portaba, hermosas damas quienes mantenían su pulcra figura en todos los espacios privados de la ciudad, por cuanto no existían fuera del teatro y algunos salones y fiestas especiales como matrimonios, donde lucir las elaboradas prendas, la vida trascurría en casa. El círculo social para las élites era por excelencia privado. Así lo destacaba en la década de los ochenta el siglo XIX el holandés Rotinberguer que escribía sobre la carencia de espacios públicos donde caminar, y de los pocos espacios para pasear y por supuesto para exhibir la ropa.